

¿Tarascos o Purepecha?

Voces sobre antiguas y nuevas
discusiones en torno al gentilicio
michoacano

Pedro Márquez Joaquín
(Editor)



UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
EL COLEGIO DE MICHOACÁN
GOBIERNO DEL ESTADO DE MICHOACÁN
UNIVERSIDAD INTERCULTURAL INDÍGENA DE MICHOACÁN
GRUPO KW'ANÍSKUYARHANI DE ESTUDIOSOS DEL PUEBLO PURÉPECHA
FONDO EDITORIAL MOREVALLADO

MORELIA, MICH., MÉXICO, 2007

Primera edición, 2007

PM4296

T39

2007

¿Tarascos o Purepecha? : voces sobre antiguas y nuevas discusiones en torno al gentilicio michoacano / editor Pedro Márquez Joaquín -- Morelia, Michoacán, México : UMSNH, Instituto de investigaciones Históricas : Universidad Intercultural Indígena de Michoacán : El Colegio de Michoacán : Grupo Kw'anískuyarhani de Estudiosos del Pueblo Purepecha, 2007.

256 p. : 25 cm. (Kw'anískuyarhani ; 2)

Incluye bibliografía y anexo

ISBN 978-970-703-548-5

1. Tarasco - Historia
 2. Lenguaje y lenguas -- México -- Michoacán
 3. Michoacán - Historia -- Colonia, 1521-1821
 4. Michoacán -- Historia - Siglo XIX-XX
- I. Márquez Joaquín, Pedro, ed.
II. t.

Portada: Pintura original de Ariel Pañeda

Diseño de portada: Itzel Álvarez Contreras

Diseño de interiores: Hugo Silva Bedolla

Edición

Pedro Márquez Joaquín

Fotografía del frontispicio: Lic. Eduardo Ruiz y Dr. Nicolás León, fotografías digitalizadas por Agripina Alfaro Trujillo.

D. R.© 2007, UNIVERSIDAD MICHOCANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
Torre de Rectoría, Ciudad Universitaria; 58000 Morelia, Mich.

D. R.© 2007, EL COLEGIO DE MICHOCÁN

D. R.© 2007, UNIVERSIDAD INTERCULTURAL INDÍGENA DE MICHOCÁN

D. R.© 2007, FONDO EDITORIAL MOREVALLADO
Tlalpujahua 445; Col. Felicitas del Río, Morelia, Mich.

ISBN 978-970-703-548-5

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
-incluido el diseño tipográfico y de portada-,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

Impreso en México/Printed in Mexico

El nombre de los tarascos¹

Alfredo López Austin

Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM

ES FRECUENTE que los grupos humanos tengan dos tipos de nombres: los que ellos mismos se imponen y los que se usan desde el exterior para designarlos. Los *diné*, por ejemplo, son conocidos desde fuera con el nombre de *navajos*, derivado del que les dieron sus vecinos los *tewas*: "apaches de navahu". Los *ñusabi* o "gente de las nubes" fueron llamados *mixtécan* (mixtecos) por los nahuas, con igual significado. Los *hñahñu* o *ñañho* recibieron el nombre de otontin (otomíes) muy probablemente también de origen náhuatl y así muchos otros pueblos.

Los nombres impuestos por otros pueden desagradar a quienes los reciben. Nada sería más razonable y justo que la posibilidad de autodesignación. No debe extrañarnos, por tanto, las frecuentes manifestaciones de pueblos que pugnan por que se les conozca en el exterior con el nombre que ellos mismos se han dado. El cambio, sin embargo, no siempre es viable, sobre todo cuando el uso del nombre anterior está demasiado generalizado o cuando la innovación presenta problemas de escritura, pronunciación o pluralización.

Viabilidad y justicia, pues, no marchan a un mismo paso. Tampoco lo hacen la propiedad del significado del nombre y el deseo de mantenerlo o de cambiarlo: algunos grupos humanos aceptan con agrado un nombre que contiene una impropiedad o una inexactitud de significado, y, por el contrario, a otros les desagrada un nombre al que atribuyen, falsamente, un significado peyorativo. Veamos un ejem-

¹ *Ojarasca*, núm. 1, México, octubre de 1991, pp. 25-27.



plo del primer caso. Los gitanos deben su nombre a que se les considere *egiptanos* o egipcios, y a la misma razón responde que en Hungría se les mencione como *faraonemzetség*, "la raza del faraón". Es cierto que existían gitanos en el norte de África en el siglo IX d.C.; pero habían pasado recientemente de la región del Tauro, después de haber abandonado en tiempos no precisos su patria original, la India. Ni étnica ni históricamente hay una relación antigua entre gitanos y egipcios. Sin embargo, al gitano le agrada que se le suponga de origen egipcio, y mucho más descendiente de los faraones.

Entre los nombres que han tenido una historia semántica bastante compleja y una variación notable en su aceptación está el *chicano*. Originalmente designó al mexicano que tenía aún poco arraigo en los Estados Unidos, para distinguirlo del *pocho*, ya más asimilado a las tradiciones estadounidenses. De esta distinción inicial se pasó a la económica: el *chicano* era de posición inferior al *pocho*, cuya residencia más prolongada le había permitido alcanzar un nivel económico más alto. Con este matiz el nombre *chicano* fue usado, cuando menos en Texas, despectivamente. Pero el sentido limitado e injurioso pasó, por el esfuerzo de muchos norteamericanos de origen mexicano, a una dignificación y revitalización de hondo sentido político. Hoy se lleva con orgullo.

Tal vez los nombres de grupos humanos que más satisfacen a sus designados son los que se remiten a las tradiciones religiosas. Algunos de estos nombres son históricos; otros, míticos. Entre los primeros puede mencionarse el de los *drusos*, pueblo montaños que habita en Siria, Líbano e Israel. Drusos (*duruz*) es plural de *darazi* ("sastre", apellido y designación del oficio de Ismael Darazi, el líder espiritual que guió al pueblo en el siglo XI d.C.). Los gentilicios que remiten a un mito, a un dios o a un héroe cuyos perfiles humano-divinos son difusos poseen la dignidad que dan el tiempo nebuloso del origen y la liga con un sentido que, como todos los que arrancan de los símbolos fundamentales de una tradición, conserva en su misterio infinitas potencialidades de intelección. Abundan estos nombres, por fortuna. Unos tienen una historia escueta; otros están apoyados en extensos episodios míticos de venerable antigüedad y firme raigambre en la cultura del pueblo. Para encontrarlos basta echar una ojeada a las grandes mitologías, entre ellas la griega. Heleno no sólo es el antepasado epónimo de toda la raza helena, sino el padre o el abuelo (según las versiones del mito) de Doro, Ion, Aqueo y Eolo, de quienes procedieron respectivamente los dorios, los jonios, los aqueos y los eolios. De éstos, los jonios y los eolios recibieron el nombre de griegos (*graikoi*) por adorar a la Diosa Gris o Vieja. Los espartanos, "hombres sembra-



dos”, nacieron de los dientes de la serpiente monstruosa muerta por Cadmo, después de que éste los sembró por orden de Atenea. Y el nombre de Europa, generador de gentilicio, deriva de la bella engañada por Zeus cuando el padre de los dioses, convertido en un toro blanco y dócil, llevó por mar sobre su lomo a la víctima de su lujuria, para, una vez arribados a la costa de Creta y transformado él en águila, violarla en un bosquecillo de sauces. El nombre de Europa deriva probablemente de “rostro ancho”, epíteto de la diosa lunar, con lo que todo el episodio mítico parece referirse a un proceso celeste.

También nuestras tradiciones son ricas en eponimias míticas. En los relatos de los antiguos nahuas del Altiplano Central se enumeran como hijos de un dios celeste y una diosa terrestre a Ténuch, Ulmécatl, Xicaláncatl, Otómitl y Mixtécatl, antepasados de los tenochcas, olmecas, xicalancas, otomíes y mixtecos. Son también antepasados epónimos Cuextécatl (de los *cuextecas* o huastecos), Tlamatzíncatl (de los tlamatzincas), Aculli (de los aculhuas), Chichimécatl (de los chichimecas), Mázatl Tecuhtli (de los mazatecos) y muchos otros más.

A la lista habría que agregar a Taras, dios mencionado en los textos de fray Bernardino de Sahagún. Cuando el franciscano preguntó a los indígenas nahuas cuáles eran los principales pueblos con los que estaban relacionados y cuáles los orígenes de sus nombres, le respondieron que entre ellos estaban los *michhuaques*, llamados también *cuaochpanme* y tarascos, debido el primer nombre a que los mexicas llamaban Michhuacan (lugar de los que tienen peces) a Tzintzuntzan, y el segundo a la forma del rapado que debieron usar algunos de estos grupos. En cuanto al tercer nombre, *tarascos*, explicaron a fray Bernardino: “Su dios que tenían se llamaba Taras, del cual, tomando su nombre los michhuaques, también se dicen tarascos. Y este Taras en la lengua mexicana, se dice Mixcóatl, que era dios de los chichimecas...”²

El término *tarasco*, sin embargo, ha tenido explicaciones menos honorables, que sin duda han contribuido a su desprestigio. A ellas se refirió Nicolás León.³ La primera explicación deriva de su parecido al término *tarhascue*, del que fray Joan Baptista de Lagunas da el significado de “mi suegro, o suegra, o yerno, o nuera”. El parecido es indudable; pero que esta palabra sea origen del gentilicio no lo

² Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Libro X, Cap. XXIX, párrafo 13°.

³ Nicolás León, “¿Cuál era el nombre gentilicio de los tarascos y el origen de este último?”, *Anales del Museo Michoacano*, ed. facs. publicada en Guadalajara por Edmundo Aviña Levy, 1966, pp. 29-32.



es tanto. Habría que establecer una cadena verosímil entre el término y la designación. Al no existir un argumento de peso, se inventaron como es muy frecuente explicaciones forzadas y triviales. La primera es del propio fray Joan Baptista de Lagunas: al llegar los españoles a Michoacán, la primera persona que encontraron buscaba a su yerno y los españoles, al oír la y no entender la lengua, llamaron tarascos a los indígenas. La segunda explicación, casi tan simple como la primera, deriva de la *Relación de Michoacán*,⁴ en la que se relata que tres españoles llegaron a intercambiar bienes con el cazonci Tzintzicha: "... y los españoles antes que se fuesen llevaron dos indias consigo que le pidieron al *cazonci* de sus parientes, y por el camino juntábanse con ellas y llamaban los indios que iban con ellos a los españoles *tarascue*, que quiere decir en su lengua yernos y de allí ellos después empezáronles a poner este nombre a los indios y en lugar de llamarles *tarascue*, llamáronlos *tarascos*, el cual nombre tienen agora y las mujeres tarascas". La *Relación de Michoacán* no sólo nos da esta útil y descabellada explicación, sino que agrega que el nombre causaba vergüenza a los indígenas: "Y córrense mucho de estos nombres".

Nicolás León menciona otra explicación que aumenta el tono peyorativo del término *tarasco*. Se trata de un supuesto episodio histórico con el que los mexicas hacían escarnio del pueblo al que no habían podido vencer por las armas. El relato proviene de Veytia,⁵ en la parte que habla de la supuesta migración conjunta de tarascos y mexicas, y el nombre resulta onomatopéyico: "Dicen [los historiadores teochichimecas] que viniendo todos juntos, se adelantaron algunas cuadrillas, y llegando a un estrecho o brazo de mar, que algunos asientan fue el río de Toluca, que desemboca en la mar del Sur, por la parte occidental respecto de la Nueva España, se determinaron a pasarle, formando balsas de troncos de árboles, y no teniendo con qué amarrarlos, se quitaron los *maxtlis*, que eran unas bandas de más de cuatro brazas de largo, y palmo y medio de ancho, de tela de algodón, con que se cubrían lo más inhonesto, como una especie de braguero, y esta era la única ropa que usaban. Afianzaron con ellas los maderos, y formaron balsas en que pasaron de la otra banda del río con sus mujeres e hijos. Con esta maniobra se les rompieron y perdieron los *maxtlis*, y hallándose enteramente desnudos, pidieron a sus mujeres las camisetas que usaban que eran cortas, de suerte que no pasaban de los muslos sin mangas, y con una abertura en la parte superior

⁴ Tercera parte, capítulo XXIII.

⁵ Mariano Veytia, *Historia antigua de México*, Libro II, Cap. XIII.



para sacar la cabeza, y dos a los lados para sacar los brazos: hoy se llama esta pieza de ropa algodón, y le usa mucho toda la gente pobre. Con esto se cubrieron los hombres desde el cuello a los muslos, y las mujeres quedaron con sólo las enaguas, y descubiertas de medio cuerpo arriba. Como los hombres no tenían cosa alguna que les sujetase de la cintura abajo, descubrían sus partes genitales, que al andar les azotaban los muslos, y las mujeres con la falta de camisetas o cotones llevaban descubiertos los pechos. Las cuadrillas que quedaron atrás, y dicen haber sido de los mexicanos, teochichimecas y otros, pasaron también el estrecho en balsas, pero se dieron maña para afianzarlas sin despojarse de sus ropas. Habiendo llegado a alcanzar a los primeros, y viendo aquella desnudez e inhonestidad, se hostigaron de ella, y ese fue el motivo de separarse, quedándose en las tierras de Michoacán los primeros, a quienes dieron el nombre de tarascos, *por el sonido que les hacían las partes genitales en los muslos al andar...*"

Tras reproducir esta malévola historia, Nicolás León examina cada una de las opiniones acerca del nombre. No cree en la del dios llamado Taras por no encontrar registro suficiente de él en los documentos históricos. En forma inopinada, a mi juicio, acepta la trivial historia de la *Relación de Michoacán*. Lo inclina a ello el que el nombre de *tarasco* siguió siendo rechazado por los indígenas, quienes reclamaban para sí el nombre de *purépechas*. Tomando en cuenta que *purépecha* significa "plebeyo", juzga enseguida cuál era la causa de esta autodesignación: "El significado de esta palabra [*purépechal*] nos lo da Gilberti. No coincido en que éste haya sido el nombre gentilicio de los michoacanos, y si tal lo conservan y admiten los actuales, es porque la raza noble y elevada ha terminado del todo, y sólo los plebeyos y macehuales restan".

No me convence la explicación que da León al término *purépecha* o *p'urhépecha*. Es más verosímil que, como el término náhuatl *macehualli*, se refiera tanto en sentido estricto al plebeyo como en sentido amplio al ser humano. Esto haría que el pueblo se autodesignara "la gente", forma por demás normal. Hay muchos ejemplos de pueblos que se dan como nombre el de "hombres" o "gente", sencillamente. Basta citar como ejemplo *alemán*. El grupo germánico que lo usó lo hacía significando "la totalidad de la gente" o "todos los hombres". En cuanto al término *tarasco* hay que reconocer que ha sonado extraño a los designados; pero que es muy posible que, al menos un grupo de ellos, tuviera como dios patrono a Taras, que de allí hayan tomado el nombre, y que los mexicas lo hayan generalizado indebidamente, como se generalizó el topónimo Michhuacan a todo el territorio do-



minado por el *cazonci*. No opiné así en un trabajo anterior;⁶ creí más plausible que el nombre derivara de una lengua extraña; pero creo que es de tomarse en cuenta la observación que hace Pedro Carrasco, del vínculo entre las palabras *thaRés* (imagen de los dioses) y *thaRé* (viejo) (6) Es probable que Taras, algún dios viejo relacionado (como Mixcóatl) con el fuego, fuese el dios patrono de un pueblo *p'urhépecha*, que de él derivó el gentilicio particular, mismo que los mexicas generalizaron.

En resumen, no hay razones fundadas para pensar que *p'urhépecha* signifique "plebeyo" en sentido estricto, ni que tarasco derive de "cuñado" o "yerno". La atribución de sentido peyorativo al segundo nombre carece de bases firmes.

Hoy, sin embargo, *tarasco* y *p'urhépecha* están adquiriendo valores diferentes. *P'urhépecha* se reafirma como nombre de prestigio, el del orgullo de la pertenencia étnica.

⁶ Alfredo López Austin, *Tarascos y Mexicas*. México, FCE y SEP, 1981, pp. 18-19.

